

DE LIBRO POLYHYMNIA

SEV CARMINVN LIBER NONVS

DE MELPOMENE MVSA

De la Musa Melpómene

Caelestis astris nocte mihi dea
 Venit, cotburno marmoreas iens
 Euincta suras, atque nota
 Maior erat solitoque imago.
 Exutus extemplo sum hominem, atque ei
 Adsurgo adorans: tum tenui manu
 Imos amictus ostrò et auro,
 Et cecidi simul ore presso.
 Ast illa contra: Cur animo labas
 Infirmitas, et aegram semper habes fidem,
 Exfata conreptura, et aurem
 Vellit, et admonitu sequuta:
 Tu quaeris alas, et quereris putans
 Deesse, quum sint Pegasiae tibi.
 Est Tormis, inlimis pete undas.
 Cynus eris, neque penna deest.
 Sic fata diua est, oreque Olympico
 Risu refulsit sidereo in deam,
 Mibique uoltus osculata,
 Visaque Melpomene recessit.

De la región superna
 Celeste diosa vino a mí en la noche.
 Su alabastrina pierna
 El coturno ceñía en áureo broche.
 Su estatura mayor que de ordinario
 Alcanzaba tamaño extraordinario.
 Todo lo que hay de humano
 En mí desapareció, me alzo y la adoro,
 Y asiendo con la mano
 De su veste de púrpura y de oro
 La extrema franja, arrodillado y quieto
 Me la llevé a los labios con respeto.
 Ella a su vez repuso:
 ¿Por qué a la duda en tu dolor te entregas,
 Y, el ánimo confuso,
 Sin fé en tí mismo al desaliento llegas?
 Y para corregirme cariñosa
 Me tiró de la oreja, bondadosa.
 Y prosiguió así hablando:
 Tú quieres alas: tu alma se lamenta
 Te faltan, olvidando
 Que el Pégaso en las suyas te sustenta.
 Tienes el Tormes: busca su onda pura,
 Cisne serás con alas y blancura.
 Dijo, y en su serena
 Boca brilló la celestial sonrisa
 De gracia y beldad llena,
 Que fué de su deidad clara divisa.
 Besóme, y al marcharse de mi lado
 Reconocí a Melpómene asombrado.

HELÉNIDES.

EL RECUERDO

¡Ya lo sé! Se ha muerto, como pájaro frío
 detrás de hojas secas que aliento no tenían,
 y un silencio de pozo me rozaba la aurora
 de tu presencia cierta.

La espuma coagulada—de amor te florecía—
 estremece tu boca con el sueño continuo.
 Era el mar diminuto con las aguas dormidas
 por tus labios brotando.

Tu te has muerto. Yo estaba conteniendo el suspiro
 en mi pecho creciente. Pasaban nubes blancas,
 pasaban nubes negras, pasabas tu robada
 ajena a los dolores.

Tu ausencia me reposa la amarga y silenciosa
 orilla de la vida, caliente de sentido,
 desnuda y afilada, puñal de mi secreto
 que siempre me pregunta.

Ya sé que es imposible buscar olas perdidas,
 la sangre de tus labios, el grito en tu garganta,
 la humana certidumbre de tu presencia toda,
 momento tras momento.

Tu cadáver flotando por delante del aire
 y tus cabellos lacios que la sombra humedece.
 Tu cintura en el viento, tus manos en el libro,
 comunión de la vida.

Pero has muerto escuchada por la luna naciente,
 por mi amor ya crecido de poemas y cantos,
 y has quedado el recuerdo bajo el ala del campo
 para mí siempre abierta.

Te llevo en mi silencio, te llevo en mi murmullo,
 en un llamar continuo del ruiseñor al verde,
 del verde a la paloma, del ciprés a la rosa,
 de la lluvia a la tierra.

Así se martiriza mi tiempo en el espacio,
 en rueda de molino para mi pena sola.
 ¡Ha muerto! me repiten los nombres de las flores,
 los nombres de las cosas.

Ha muerto como mueren atardeceres míos
 en el alma a diario. Muriendo siempre altura
 estarás en mi vuelo, triste espacio infinito
 se me muere en los ojos.

¡Te has muerto de repente!, queriendo mi recuerdo
 matarte poco a poco.

JESUS DELGADO VALHONDO.